

tre cuatro consulares: Marco Aurelio los reemplazó con los funcionarios llamados *juridici*, cuya intervención restringía la jurisdicción municipal, y admitió a los pretores a esta función, a fin de ensanchar el círculo en que pudiera elegir (1). Desarrolló la institución de los curadores, que había nacido en el reinado de Trajano. «Muchas ciudades, dice su biógrafo, los recibieron de él;» y para darles más esplendor, los tomó con frecuencia del orden senatorial.

Estos curadores desempeñaron en la Italia antigua en la administración, el papel que el *podestà* en la Italia de la Edad media, en la justicia. En las dos épocas, las ciudades no esperaban sustraerse al desorden sino por la intervención de personas extrañas a la ciudad; pero en la una, los ciudadanos salvaron su autonomía, porque eligieron al *podestà*, y en la otra la perdieron porque el príncipe nombró al curador.

Algunos decuriones flaqueaban ya bajo el peso de los cargos municipales, y el príncipe prohibió confiar estos cargos a los que no podían llevarlos sin perjuicio propio, y también prohibió que se obligara a los demás a vender a sus conciudadanos trigo por debajo del precio corriente.



Lucio Vero, el Arménico

Al rededor de Roma estableció una línea de aduana que Aureliano transformará en línea de muralla. Para asegurar el estado de los ciudadanos, ordenó Marco Aurelio que todos los niños por nacimiento libres fueran inscritos en Roma en las oficinas de los prefectos del tesoro de Saturno, dentro de los primeros treinta días, y en las provincias, en los registros de los notarios públicos: son nuestros registros del estado civil; y a fin de dar más garantías a los menores para sus bienes, creó el pretor de las tutelas, cargo que nosotros no tenemos aún, pero que Dinamarca, Noruega, Inglaterra y parte de Suiza han tomado del grande Antonino. Los tutores daban antes sus cuentas a los cónsules, que cambiaban con frecuencia y tenían otras mil atenciones: una administración especial y por consiguiente ilustrada y vigilante examinó desde entonces esta gestión. Esta misma solicitud para el interés de las familias le hizo extender el derecho de dar curadores a los adultos de menos de veinticinco años, que comprometían su hacienda, y comenzó la reconstitución de la familia natural cuyos lazos rompían tan a menudo las facilidades reconocidas a la adopción estableciendo por un edicto que los hijos, varones o hembras, serían admitidos a la sucesión de sus madres muertas *ab intestato*, aun cuando hubieran entrado por adopción en el seno de otra familia.

La institución alimentaria más y más desarrollada vino a ser uno de los más importantes servicios del orden civil. Hasta entonces había sido dirigida por simples caballeros o procuradores. Marco Aurelio para mostrar la importancia que le concedía, confió su vigilancia a personajes pretorianos o consulares que tomaron el título de *praefecti alimentorum*.

(1) En una inscripción de *Ariminum* (Rimini) (Orelli, núm. 3177) el *juridicus* de la Flaminia y de la Umbria es alabado *ob eximiam moderationem et in sterilitate annonae laboriosam fidem et industriam ut et civibus annona superesset et vicinis civitatibus subveniretur*: lo mismo en Concordia. Los *juridici* no eran solamente jueces, sino en caso necesario, también administradores, como nuestros antiguos parlamentos. Por lo demás, los romanos no comprendían lo que nosotros hemos llamado la separación de los poderes.

Los esclavos, como los hijos de familia, tenían también parte en sus preocupaciones de equidad. A fin de granjearse el último aplauso del pueblo, proveyendo aun para después de su muerte a sus placeres, algunos ciudadanos insertaban en sus testamentos la cláusula de que ciertos esclavos suyos serían vendidos para luchar en el anfiteatro con las fieras: Marco Aurelio tachó de nulidad estas cláusulas testamentarias. Otros enajenados bajo condición de emancipación a cierto plazo, estaban retenidos por sus nuevos amos: Marco declaró la libertad adquirida de pleno derecho para la época señalada, aun sin manumisión del esclavo.

Acaso es suya también la decisión que da a la *ancilla* la libertad adquirida bajo la condición *ne prostuitur*, y a la que su amo entrega a la impudicia pública.

Finalmente Marco Aurelio puso a cargo del Estado los gastos de los funerales para los ciudadanos pobres, y como los *colegios* o sociedades particulares tenían el principal objeto de asegurar a sus miembros los últimos honores y un sepulcro, los autorizó a recibir legados. Era constituirlos en *personas civiles*, capaces de poseer propiedades, capitales o esclavos. Con esto se encontró como llevado de la mano a reconocerles también el derecho de emancipar o manumitir, *manumittendi potestatem*. Estos privilegios eran considerables y contrarios al antiguo espíritu de la política romana, y el príncipe creyó prevenir los peligros de esta decisión estableciendo que nadie pudiera ser miembro de dos *colegios* a la vez, lo que debía mantener el conveniente aislamiento de las corporaciones.

El padre tenía el derecho de romper las más caras afectaciones del hijo obligándolo a repudiar a su mujer: Marco Aurelio suprimió esta facultad tiránica, o a lo menos no permitió que se ejerciera sino por muy graves motivos.

Inútil es añadir que disminuyó muchos impuestos, socorrió muchas miserias y reparó no pocos desastres. Ayudó a Esmirna, a Efeso, a Nicomedia, a Cartago, destruidas por incendios o terremotos, a salir de sus ruinas, y condonó a las provincias, a las ciudades y a los particulares todos los atrasos que tenían con el fisco o el erario, a contar de cuarenta y seis años atrás; y permitió a los condenados sustraerse a los tormentos de un suplicio cruel por la muerte voluntaria.

Vese pues por el conjunto de la legislación de los Antoninos, que en el segundo siglo de nuestra era, el gobierno imperial, fuera dirigido por un soldado como Trajano, por un artista como Adriano, o por un sabio como Marco Aurelio, puede reivindicar el honor de haber hecho para defender a los débiles y socorrer a los necesitados, generosos esfuerzos que no se han visto en ninguna otra época.

Una peste del carácter mas mortífero azotaba el Oriente. Procedente de Etiopia, invadió el Egipto y el país de los partos. Se contaba que los romanos la habían aspirado en Seleucia, de un cofrecito de oro robado del templo de Apolo, el cual cofrecito dejó escapar el fatal miasma, cuando manos sacrílegas hubieron violado el secreto del dios. Al regresar Vero a Italia con parte del ejército de Siria propagó el mal a su paso, hasta en Roma, donde pereció mucha gente. Sacábanse los muertos a carretadas, y muchos decían que estaba próximo el fin del mundo. Embrazados para explicar la audacia y las ventajas de los bárbaros en los años siguientes, los historiadores posteriores pretendieron que el ejército romano había sido como destruido por aquel azote. Para aplacar la cólera de los dioses, recurrió Marco Aurelio a todas las expiaciones recomendadas por los rituales. Hubo una que la pasión popular reclamó y él tuvo la debilidad de conceder o tolerar: los

cristianos cuyas creencias habían desdeñado o respetado Adriano y su sucesor fueron de nuevo inquietados. Ya veremos cómo en Roma y en algunas provincias perecieron o fueron enviados a las canteras.

También fué perseguido otro culto, el de Serapis en Pelusio, sin duda en razón de circunstancias locales que ignoramos. No era sólo el pontífice máximo del imperio el que condenaba religiones extrañas al politeísmo grecoromano; era también el hombre que por una singular reunión de defectos y cualidades contrarias, se mostraba sin hipocresía en sus meditaciones, el filósofo más desligado de los lazos confesionales, y en su vida pública el mas supersticioso de los príncipes. Nadie fatigaba a los dioses con más frecuentes sacrificios: hacíase correr una súplica de las víctimas concebida en estos términos: «A Marco César, los bueyes blancos: ¡ay de nosotros, si vuelves vencedor!»

No parece que desde la época en que Tácito traza el cuadro de la Germania, se hayan producido grandes cambios en medio de sus pueblos; pero aquella prolífica raza se había aumentado en la paz y su avidez había crecido con su fuerza. Al espectáculo de las riquezas que la industriosa actividad de los romanos acumulaba a la otra parte de la frontera, se inflamaban sus ojos con feroz codicia y sus corazones se llenaban de odio y de envidia. Aquellas hermosas *villas* del Danubio y del Rin, que descubrían desde su salvaje orilla, eran como un ultraje a sus cabañas de paja; sus artes como un reproche a su grosería; aquella dulzura de costumbres, una corrupción; sobre todo el brillante esplendor del oro los fascinaba, y robando este oro, creían llevarse bajo su cielo fosco y frío como un rayo del sol de Italia. En su poema nacional los *Nibelungos*, el objeto del ardiente afán de sus héroes, la conquista por cuyo logro se degüellan los pueblos y perecen los reyes no es la mujer, hija de Júpiter y de Leda, como entre los griegos bajo los muros de Troya; ni un sepulcro como para los hombres de Francia ante Jerusalén; es el tesoro.

En efecto, en medio de sus estériles landas y de sus salvajes bosques, aquella raza sensual, tan ávida como pobre, murmuraba ya los versos de Mignon en los países donde maduran las pomos de oro, habiendo excitado su codicia por espacio de diez y siete siglos. En los tiempos de los Césares, turbaban con continuos ataques el imperio civilizado, rico y apacible, que en el reinado de los Antoninos dió a la humanidad la fiesta de una paz secular. Al fin lograron derribar el coloso, precipitando el mundo en el abismo de dolores y lágrimas de la Edad media.

Si jamás fué la guerra una impiedad, fué a no dudar entonces, cuando reinaba el hombre honrado por excelencia, que miraba a su pueblo como a su propia familia y de buena gana hubiera tenido por amigos a todos sus vecinos. Acostumbrado a someter el cuerpo al alma, sus pasiones a la razón, Marco Aurelio hacía de la virtud el único bien, del mal el único pesar: lo demás le era indiferente. Así, la peste, el hambre, los terremotos y una guerra tremenda se desencadenaron contra él sin intimidarlo, y Horacio lo hubiera tomado por el sabio que mostraba tranquilo y sin miedo al ruido del mundo que se hundía. En medio de los más graves peligros, a dos pasos de los bárbaros, Marco Aurelio escribía tranquilamente el Evangelio del mundo pagano.

El filósofo debió hacerse soldado; pero ¡con qué repugnancia y desprecio de la gloria de los conquistadores! «Una

araña, dice, se da por feliz, cuando coge una mosca, y entre los hombres, este se alegra de haber cogido una liebre, aquel un pez, el otro un jabalí, un oso, estotro uno o muchos sármatas. A los ojos del sabio ¿no son bandidos?» No por eso dejó de verse obligado a ceñir la coraza lo mismo que un guerrero.

En tiempo de Trajano, los bárbaros del Norte habían sostenido con los del Este relaciones que ciertamente subsistían, y Vologeso contaba sin duda con una poderosa diversión cuando pasó el Eufrates. Pero de las orillas del



Marco Aurelio en el acto de repartir un congiario (1)

Saale a las del Tigris, el camino era difícil y largo, y los germanos dieron al imperio tiempo para abrumar a los partos. Sin embargo, acababan sus preparativos: numerosos espías los informaban sobre el estado de las fortalezas romanas, y en los mercados comunes, abiertos a lo largo de la frontera, compraban todo lo que podía servirles para la guerra. Según parece, quisieron esta vez entenderse y reunir el mayor número de tribus, como en tiempo de Hermann y de Marbod; y todavía mejor que en aquel tiempo, porque estos dos jefes eran rivales y sus pueblos estaban divididos.

Al ver con qué concierto se agitaba el mundo bárbaro a lo largo de las fronteras romanas, desde las tierras decumatas hasta el Euxino, se supondrá que algún gran consejo dirigía el movimiento nacional. Esto puede ser cierto en cuanto a las tribus de la Germania meridional, marcomanos, nariscos, hermanduros, cuades y yaciges; pero los pueblos sármatas y escitas, victovales, roxolanos, costobocos, alanos y otros más obraban ciertamente por su cuenta.

(1) Atlas del Bull. Arch. t. IV, p. 4.

ta y según las inspiraciones de sus jefes. En cuanto á los pueblos del Norte, se mantuvieron aparte.

Unas palabras de Capitolino parecen anunciar en el seno de esta multitud de bárbaros oscilaciones de pueblos que lanzaban algunas tribus á las fronteras del imperio, adonde pedían como los cimbros á Mario, que Roma les diera tierras, á condición de hacer por su causa todas las guerras que quisiera. Marco Aurelio rehusó un refuerzo que podía llegar á ser muy peligroso; y entonces solicitantes y enemigos cayeron juntos sobre el imperio, donde causaron



Marco Aurelio (Busto del Museo del Louvre)

males sin cuento. Ejércitos enteros quedaron destruídos, perecieron dos prefectos del pretorio, fueron saqueadas muchas ciudades, y recorridas á fuego y sangre algunas provincias. «Fué, dicen los escritores del tiempo, una nueva guerra púnica.» Marco Aurelio renunció momentáneamente á su moderación habitual, y prometió 500 monedas de oro por la cabeza de un jefe bárbaro; verdad es que ofreció el doble á quien entregara vivo este jefe.

Las guarniciones de la Dacia protegidas por los Carpatos y por sus fuertes ciudadelas, hubieron de imponer cierto respeto, aunque los bárbaros atravesaron la provincia y quemaron la ciudad de Alburno (Verespatak), adonde los había atraído la riqueza de sus minas. La Recia, la Nórica, que defendían sus montañas y la habilidad de Pertinax, sufrieron incursiones, pero el enemigo no pudo sostenerse en el país. La invasión pasó por las llanuras de la Pannonia á fin de atravesar los Alpes Julianos, la cadena menos alta de las montañas que la naturaleza ha dado á Italia por murallas. Los marcomanos y sus aliados sitiaron á Aquileia, baluarte de Roma por éste lado; y todavía fueron más lejos, hasta el Piave, donde entraron á saco á *Opitergium* (Oderzo).

La península helénica estaba amenazada como la península italiana y la barbarie quería poner la mano en Atenas y en Roma para apoderarse de las riquezas acumuladas por los siglos en estos dos santuarios de la civilización

del mundo. Los costobocos llegaron, sin que se pueda seguir su camino, al centro de la Grecia, á Elatea, en la Fócide, donde Pausanias encontró el recuerdo de sus estragos y la estatua de un vencedor en los juegos olímpicos, que cayó luchando contra ellos.

Por otra parte, tumultos de soldados y de populacho agitaban el Egipto, y los moros continuaban haciendo estragos en España. Solamente las fronteras del Eufrates y del Rin permanecieron tranquilas; ésta guardada por las legiones, no molestadas por los germanos del Norte; la otra defendida por el hábil y vigilante Avidio Casio.

El peligro era grande; pero Marco Aurelio no se intimidió por eso, y el año 167, pasó con Vero el Po y el Adige á la cabeza de todas las fuerzas que había podido reunir. Los bárbaros, á quienes imponía aún el gran nombre de emperador, retrocedieron á su aproximación, para poner á buen recaudo sus cautivos y botín. Los cuades mismos, cuyo rey había perecido, consintieron, según costumbre establecida desde el tiempo de Augusto, en que su nuevo jefe solicitara la venia del emperador para ejercer su cargo.

Los dos hermanos volvieron, según parece, á pasar el invierno (167-168) á la capital del imperio, á fin de preparar un armamento más considerable. Pero, como después del desastre de Varo, los hombres libres se negaban al alistamiento. Fué preciso armar hasta á esclavos y gladiadores, ejemplo que la república había dado; atraer á las filas, á precio de oro, á los bandidos del Apenino, de la Dalmacia y de la Dardania; dar el *sagum* ó sayo del legionario á los soldados de policía encargados de garantizar la seguridad de los caminos en las provincias, y poner á sueldo en todas partes á los bárbaros que se encontraban dispuestos á vender su valor.

Véase en qué estado se hallaban las fuerzas militares del imperio treinta años después de Adriano. La organización dada por Augusto á su ejército y conservada por sus sucesores tenía su inevitable consecuencia: la sociedad civil, deshabitada á las armas, no suministraba ya un soldado, y ni aun para salvarse, era capaz de un generoso esfuerzo. Cuando Marco Aurelio llevó de Roma al ejército los gladiadores, por poco no estalla un tumulto. «Se lleva nuestra diversión, gritaba la multitud en son de enojo, para obligarnos á filosofar.»

El dinero había faltado lo mismo que los hombres. Más bien que aumentar los impuestos, Marco Aurelio agotó primero todos los recursos de la economía, y después hizo sacar á pública subasta en el foro de Trajano las estatuas, los cuadros, las copas murrinas, los muebles preciosos, las mil curiosidades del palacio imperial, hasta las túnicas y los mantos de seda y oro de las emperatrices.

El ejército reunido á costa de tantos sacrificios avanzó hasta más allá de Aquileia y dió alguna seguridad á la Iliria; pero no se atrevió ó no pudo dar á los bárbaros un golpe ruidoso y decisivo.

A la vuelta de esta campaña sin gloria, murió Vero de una apoplejía, en el mismo carro que lo conducía á Roma con Marco Aurelio (169) (1). No había dado nunca á su hermano y colega muy útil concurso, pero tampoco un serio embarazo.

Carecemos de datos sobre esta guerra, que retuvo durante muchos años á Marco Aurelio á orillas del Danubio, ordinariamente en la plaza fuerte de *Carnuntum*. El em-

(1) Dion y Jifilino suponen que murió á veneno, y á leerlos (LXXI, 2) se creería que Marco Aurelio se había desembarazado de su colega, lo que es absurdo. Marco le reprecha solamente ser *remissior*; pero no era menester mucha molición para merecer este epíteto de parte del severo esteico (Capitolin, *Ant.* 20).

perador no mostró en esto talento militar, porque si hubiera emprendido alguna grande operación, habría quedado recuerdo, y no se habla más que de sangrientos combates, á veces en el Danubio congelado, que valieron á muchos oficiales muertos bajo el hierro enemigo el honor de una estatua en el foro de Trajano. Un día que los romanos, cercados por los cuades, carecían de agua y estaban ya para perecer, cayó copiosa lluvia en el campamento, mientras el rayo hería repetidamente al ejército bárbaro introduciendo en él el espanto y el desorden. El hecho es cierto,

todo pasó así, y así pasa todos los días de verano en cualquier rincón del mundo. Pero las cosas naturales no son del agrado de los supersticiosos, que en todos tiempos han querido mezclar la divinidad en los negocios humanos, olvidando que esa divinidad nos ha hecho libres para no ser responsable de nuestras necedades. Los romanos tenían también un dios de los ejércitos, y los paganos no dudaban de que ablandado por los ruegos de Marco Aurelio, Júpiter Tonante, que había hecho ya igual servicio á Trajano, hubiera repetido ahora el mismo prodigio.



Lucio Vero (Busto del Capitolio)

Tertuliano lo reivindicó para la legión *Fulminante*, que representa el compuesta de cristianos, y las dos leyendas subsisten: la una en la tradición de la Iglesia; la otra esculpida en la columna Antonina, donde se ve aún al señor del Olimpo lanzando desde lo alto del cielo entreabierto, la lluvia que salva á las legiones, y el rayo que hiere á los bárbaros.

Sucedé con la leyenda como con el grano que un pájaro deja caer en lo alto de la nevada montaña; rueda aumentado con la nieve que se le adhiere á proporción que desciende y llega al valle como una masa ruidosa: en el origen hecho muy sencillo; más tarde asombroso prodigio.

Preciso es, sin embargo, que Marco Aurelio hubiera impuesto alguna reserva á los germanos, puesto que le dieron tiempo para ir á restablecer el orden en el Oriente, turbado por la sublevación de Casio.

Casio había conspirado ya en su juventud contra Antonino é inspiraba sospechas al mismo Vero, que durante la guerra de Siria, hubo de escribir á su hermano diciéndole: «Vigíllalo y no lo pierdas de vista; todo lo que hacemos le

desagrada. Se crea amistades y recursos y procura ridiculizarnos á los ojos del ejército, llamándonos, á tí una vieja que filosofa; á mí un escolar que se divierte.»

Marco Aurelio le contesta: «Nadie mató nunca á su sucesor. Que al contrario el cielo le abandone y caerá en sus propios lazos, sin que nosotros seamos crueles empujándolo á ellos. Fuera de esto, ¿cómo hacer un culpable de un hombre á quien nadie acusa, y á quien aman sus soldados? Sabes que en las causas de lesa majestad el mismo cuyo crimen está probado pasa siempre por inocente. Tenía Adriano la costumbre de repetir: ¡Qué miserable condición la de los príncipes! No se les cree sobre las conspiraciones de sus enemigos hasta que han sido víctimas de ellas. Las palabras estas son de Domiciano; pero he preferido tomarlas de tu abuelo, porque las mejores máximas pierden autoridad pasando por la boca de los tiranos. En cuanto á lo que me dices de proveer por la muerte de Casio á la seguridad de mis hijos, prefiero que éstos perezan, si el bien del Estado exige que viva Casio y no los hijos de Marco Aurelio.»

He aquí una carta nobilísima. Sin embargo, Vero tenía